

Del viaje de Alicia a las Maravillas

y de sus des-encuentros con otros¹

--¡A lo mejor caigo a través de toda la tierra! ¡Qué divertido sería salir donde vive esta gente que anda cabeza abajo! Los antipáticos, creo... (Ahora Alicia se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque esta palabra no le pareció del todo la adecuada)

Presentación

El presente trabajo es producto de largas consideraciones de carácter socio-cultural, que se comienzan a tejer alrededor del año 2004, a propósito de dos grandes hitos que vendrían a estar estrechamente relacionados. Primero, la investigación socio-cultural desarrollada para concluir el pregrado, en la Biblioteca Nórdica Infantil (sede Rumania en el cerro Alegre alto) en la ciudad de Valparaíso². Y segundo, el trabajo en un programa de drogas, con adolescentes que han infringido la ley, en contextos de restricción y privación de libertades, en la región de Valparaíso³.

Estas actividades, que en principio pudiesen parecer disímiles, terminaron por ser la principal fuente de formación profesional, así como la posibilidad fecunda de desarrollo de una incipiente perspectiva cultural de trabajo social; al entroncar con principios de acción reflexiva, así como con inflexiones de carácter etnográfico. Gráfica de un viaje inacabado. Perspectiva reconstruida de quien se abalanzó en persecución sobre su sombra, sin pararse a considerar cómo se las arreglaría después para salir. De quién aún sigue en viaje.

Alicia, hizo su aparición en el transcurso del quinto o sexto mes de aquel año, por circunstancias más ligadas a la necesidad de equilibrar el estudio y el trabajo, con la diversión - con otros blancos roedores quizá. Pero al seguir a la ilustre pequeña tras su conejo, muchas de las vicisitudes de quien reflexiona sobre su travesía en territorios desconocidos, parecían emerger y cobrar vida, personificarse e interpelar. Odisea, que va y vuelve en una vuelta al reloj (aquellos doce capítulos de tiempo relativo). Se recreaban las peripecias de un quien, que intenta encontrarse con alguien (o a la inversa); allá en la vida misma, esa que existe sólo donde se acaban los libros (si es ello posible). A través de aquel espejo aparecía un reflejo de neófito, adentrándose en un mundo de otros.

¹ Por Hugo Muñoz Jaramillo. Asistente Social, Licenciado en Servicio Social, Universidad de Valparaíso. Diplomado 2 veces en otros asuntos, Universidad de Chile. Coordinador Ambulatorios Intensivos (Programa Rehabilitación de Drogas) para "adolescentes infractores de ley" en privación de libertad y en "libertad". Corporación PRODEL, Limache. 2008

² "Una Investigación desde el Trabajo Social, sobre las Dinámicas Relacionales y el Desarrollo Cultural en un espacio Microsocial dirigido a la Infancia, a partir del trabajo del Centro Chileno Nórdico de Literatura Infantil en la Población Lautaro de Cerro Alegre. M. Azocar, C. Valdés y H. Muñoz. Universidad de Valparaíso 2004.

³ Programa "Construcción cultural: Jóvenes y Drogas". Funcionó desde febrero de 2004, hasta mayo de 2007 atendiendo a jóvenes de toda la región en cuanto a programa de tratamiento. Uno de los siete programas de este tipo que se implementaron a nivel nacional, antes de entrar en vigencia la ley 20.084 (R.P.A.)

El texto nace entonces, como intento de homenaje, por la importancia que cobra el periplo, en el boceto de una perspectiva para la acción (momento que nos es *ineludible*, ya que al menos tendrá esta un destino, estará destinada). A través de su “uso” (permítase las comillas para destacar la elección “sospechosa” de una palabra, en vez de otra), el de su imaginaria; ha posibilitado nominar un cúmulo de experiencias que por “formación” profesional, han sido con anterioridad invisibles o indesignables. Esbozo de diario, de viajes posibles. Cuaderno con notas, extravíos, desvaríos, borradores y dibujos; cuaderno de quien estudia los rudimentos de la navegación del territorio hombre. De quien comienza a encontrarse frente a frente consigo mismo.

La presente, a semejanza del libro en el cual se inspira, es una invitación al juego, a dejarse llevar por la curiosidad. A viajar (imaginariamente) por las regiones inexploradas de la vida de los otros. A descentrarse por un instante de las certezas en las que nos guarecemos a criar y cultivar nuestras ovejas y cebollas conceptuales; a, por un momento, no ser sino Otro.

Bajando, por la madriguera del conejo

Consideremos antes de algo, que Alicia en el país de las Maravillas, es libro de ficción, que proviene de la mano fantástica de un matemático. Obra fundante de la cual se ha llegado a decir que contendría, incluso, la simiente de la teoría de la relatividad; así como una genial crítica a la sociedad victoriana del momento (se afirma que la misma Reina en vez de pedir la cabeza de Charles Lutwidge Dodgson (Lewis Carroll), habría reído con la aventura y pedido sus obras completas).

No es mucho lo que puede ser de hecho dicho en cuanto a la obra, que no haya sido al menos ya sugerido. No obstante ello, este jovial relato será tomado con el respeto que se merece, para intentar un juego que, bien probablemente, sería del agrado de su autor. Será alegoría con la cual “juguemos en” o “a las” Ciencias Sociales. Haremos en este documento, de la ficción de Charles, un territorio a ser explorado. *Las Maravillas* será continente por descubrir, recorrer e investigar; obviamente sólo con la venia e incluso, complicidad del lector. No con el fin de fundar o colonizar, sino que con la intención de levantar algunas objeciones desarrolladas, gracias a la experiencia, en torno al comportamiento de viajeros posibles, que eventual e irremediablemente caen por la madriguera del conejo, cada cierto tiempo.

Entonces, *Las Maravillas* es lugar hacia donde, accidentalmente Alicia es guiada por su inquieta curiosidad, con reloj de bolsillo. Las Maravillas es país. Espacio geográfico habitado por seres parlantes; entes culturales que habitan *en* un lenguaje. Territorio de aparente locura, irracionalidad; con una organización política, incapaz de gobernar (una Gobernante que demanda cabezas, pero que no se las provee); con extravagantes y, por momentos, grotescas costumbres. Alicia es igualmente ente cultural, pero del Imperio Británico; victorioso en la guerra del opio, afianzando su dominio en diversidad de “territorios”, en la época en la que se produce el viaje o se escribe el libro (1865).

Con su corta educación de infante, Alicia llega a un lugar, en el cual sus habitantes están sumidos en supuesta locura y despropósito. Tal cual en otras ocasiones, extranjeros llegados de la “civilización”, arribaron a lugares habitados por “salvajes” (o personas no civilizadas en un tipo muy particular de *civilidad*); en los cuales los nativos parecían revolcarse en la insania y la

depravación, la ignominia y la impiedad. ¿Cómo se conduce esta acomodada pequeña (extensión simbólica de un poder que domina gran parte del mundo) frente a los nativos?

Antes de llegar a ese punto, retrocedamos un poco.

BÉBEME (de poco sirve la cabeza, sin un cuerpo)

Cada espacio físico o territorio, habitado por personas, se constituye como un contexto cultural, cuando existen personas que los habitan y significan en tanto tales. Personas capaces de auto referirse con identidades asociadas a ello y con sentido de pertenencia. La ciudad de Valparaíso, por ejemplo, se transforma en contexto cultural en cuanto existen *porteños* que habitan la ciudad (arquitectónicamente única en el mundo) y se sienten parte de ella. Identificándose a sí mismos, en relación a unos *otros* que *no son* porteños (santiaguinos, quillotanos, penquistas, etc) por ejemplo; y que además de sentir que la ciudad les pertenece, en tanto el ejercicio mismo de su *porteñidad* (el desarrollo de su forma particular de ser propiamente porteños), es que producen a Valparaíso como ciudad, y que ésta cobra sentido como espacio vital.

Esta identidad y sentido de pertenencia, puede sin embargo no sólo estar asociada a un espacio físico (país, ciudad o población, etc). Sino que puede coexistir perfectamente con otras muchas formas de pertenencia e identidad, asociada a diversos factores sociales o culturales: religión (católicos, budistas, etc), política (correligionarios, supernumerarios, compañeros, etc), deporte, el ámbito laboral (asistente social, ladrón, médico, albañil, artista, zapatero, etc); con todos los códigos, lenguajes (o jerigonzas) y conductas asociados (apretones de manos, chistes particulares, conceptos, etc). Así como asociarse a actividades de ocio y ocupación del tiempo libre (modelismo, pesca, arte, etc); o a cierta escuela y/o tendencia artística o cultural, científica, filosófica, sexual, entre muchísimas otras posibilidades.

Para resumir, una misma persona puede cotidianamente desenvolverse en diversos contextos culturales. Respondiendo adecuadamente (o no) a diversos patrones morales, lingüísticos, conductuales, rituales, estéticos, etc. Reconociendo, practicando y otorgando diversas formas de reconocimiento y/o prestigio (o no), así como sintiéndose parte (o no) de una tal estructuración y funcionamiento de las relaciones sociales, unas ciertas formas y efectos del poder. Así como estableciendo, cultivando y disfrutando (o no) de distintas formas e intensidades de afecto y apego.

Pero volvamos al hilo de la narración. Al terminar su caída, Alicia persigue al conejo (la curiosidad misma, con reloj de bolsillo en el chaleco) hasta encontrarse en un vestíbulo lleno de puertas. Todas ellas están cerradas (resulta estimulante preguntarse hacia donde conducen). Repentinamente, se encuentra con una pequeña llave áurea sobre una mesa de cristal (¡una pequeña llave áurea sobre la mesa de cristal!) y sólo entonces cae en la cuenta de la existencia de esta pequeña puerta de aproximadamente cuarenta centímetros⁴ tras una cortina. Al abrirla,

⁴ "a little door about fifteen inches high".

se maravilla con el colorido espectáculo de flores y fuentes que se despliega ante sus ojos, en un bello jardín al que conduce un estrecho pasillo⁵, que su talla le imposibilita sortear.

Es este el punto en el que aparece en la mesita la famosa botella, cuyo contenido le permitiría a Alicia obtener el tamaño de la puerta.

¿Nos es acaso esta un perfecta alegoría para acercarnos a la etnografía? Pongámonos en la misma situación: nuestra curiosidad nos ha llevado a un lugar o momento, en el cual, las posibilidades son muchas, pero la mayoría están vedadas. Nos urge seguir al conejo, resolver nuestra pregunta. Luego encontramos un método, esta áurea llave (¿ciencia?, ¿filosofía?, ¿arte? ¿Las tres? ¿Ninguna?), pero nos falta por averiguar que puertas es capaz de abrir. Entonces aparece una respuesta posible, una pequeña puerta que nos muestra un mundo desconocido, que hace que nuestro deseo de conocimiento arda por penetrar. Pero no podemos ingresar. ¿Que sucede entonces? Aparece esta pequeña botella que nos invita (u ordena) BEBER. Tras comprobar en la etiqueta que no es veneno (porque es esto lo que nos han enseñado a hacer), ingerimos el misterioso bebedizo (¿?) y un efecto inesperado se produce: empequeñecemos. Podemos entrar en el misterio. O así nos parece, en un primer momento.

Podríamos decir que, este brebaje es la etnografía, con su mezcla de sabores, olores y texturas, a pacífico occidental, a cocina azande, a tótem y rito, entre muchos otros⁶. Este bálsamo, comienza a generarle a Alicia toda una serie de cambios, entre los cuales aparece, el tamaño adecuado para utilizar la preciosa llave. Para atravesar la pequeña puerta. Para recorrer el pasillo. Para penetrar en el jardín que la fascina. Para saciar su sed de saber, con su ser completo; no sólo su cabeza, ya que de nada sirve sin los hombros en los que se asienta⁷.

Tal y como a la pequeña, existen oportunidades en las que un investigador o interventor social, otea los parajes de un “fenómeno” (o “circunstancia”) que con *su misterio* seduce su curiosidad (en este caso, nos referimos con ello a un contexto cultural desconocido). Pero la mayor parte de las veces, no es posible internarse en el “fenómeno” a menos que se tenga la llave precisa para abrir esa puerta, así como un conjuro que permita ajustar *la humanidad* a la circunstancia.

Entonces diremos que el método etnográfico permitiría a Alicia (ella será un yo), cambiar innumerables veces de tamaño, adentrarse en el jardín. Lamentablemente, no está entrenada en el método, es un atisbo de idea, sólo una hebra de la madeja de un método propiamente tal. Un germen no desarrollado. Una promesa. A través de él, logra acercarse al territorio que es *las Maravillas*, pero no necesariamente se encuentra preparada para lograr anudar algunas hebras de su sentido, penetrar en el que, pareciera, su misterio. Entonces los significados son mal interpretados, los mensajes no recibidos, las situaciones equivocadas y disparatadas, y no elucida aquello que persigue. El conejo consigue volver a escapar.

⁵ Se arrodilló y al otro lado del pasadizo vio el jardín más maravilloso que podáis imaginar. ¡Qué ganas tenía de salir de aquella oscura sala y de pasear entre aquellos macizos de flores multicolores y aquellas frescas fuentes!

⁶ “tenía, de hecho, una mezcla de sabores a tarta de cerezas, almíbar, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla”.

⁷ «Y aunque pudiera pasar la cabeza», pensó la pobre Alicia, «de poco iba a servirme sin los hombros. ¡Cómo me gustaría poderme encoger como un telescopio! Creo que podría hacerlo, sólo con saber por dónde empezar.»

Acordemos entonces, que “Las Maravillas” es país en el cual por circunstancias no fácilmente descifrables hemos de encontrarnos. Y que gracias a este brebaje etnográfico es que podemos adentrarnos en él, aún cuando sólo podamos precisar (o acordar) aquello.

CÓMEME (en unos segundo se encontró completamente sola)

Descontando el insignificante hecho que en *las Maravillas* los ciudadanos son en su mayoría, animales; en su circunstancia particular, son un otro al cual se interpela. Un *Otro* para dialogar. Con respecto a ellos Alicia genera de inmediato una, no tan optimista, evaluación: “¿*Servirá de algo ahora dirigir la palabra a este ratón? (...) no me sorprendería nada que pudiera hablar.*” Lo cual muy probablemente, cualquiera de nosotros “naturalmente” haría al verse enfrentado a una situación social novedosa o, a la misma situación social, pero con actores nuevos.

Haciendo paréntesis, podría especularse que en realidad son *otros* que la pequeña niña, sólo puede reconocer como animales debido a su imposibilidad de reconocerlos como personas⁸. Recordemos las dificultades que habrían tenido los nativos para poder interpretar las naves de Colón como medios de transporte humano (¿habrían sido en principio vehículos divinos?); o para comprender que hombre y caballo no eran una sola unidad. En este sentido se podría imaginar, por que no, que la “programación cultural” (o sencillamente su lenguaje) de Alicia, no posee en su código, la capacidad de descifrar en estos *otros* un igual, por lo cual, caen en la categoría animal. Mera especulación, ya que la lógica y el sentido común nos dicen que en determinado momento de la narración, debiese darse cuenta y asumir a estos sujetos en otra categoría, la de personas. Pero, a favor de las limitaciones culturales, recordemos antes de aquello, el ejemplo del *apartheid* en Sudáfrica (como una de las consecuencias de la abolición de la esclavitud en las colonias inglesas); o el latifundio y la relación patrón inquilino (como una de las consecuencias culturales de la encomienda), en nuestro país.

La evaluación que Alicia en principio realiza sería entonces casi mecánica⁹ (“inconsciente” o, natural, no deliberada). En ella el *otro* aparece como poco apto, limitado, lisiado si se quiere. Pero eso no es todo, ya que esta forma de conceptualizar al otro, esta forma de aproximarse a la alteridad, será apreciable en como se conduce; a través del cual suma una “inadecuación” en cuanto a las esperadas palabras de “buena crianza”, al interpelar al roedor con su “*Où est ma chatte?*”¹⁰. Aún cuando alguien pudiera justificarla, con que se debió a que pensó que el ratón era efectivamente francés.

⁸ Del latín *persōna*, máscara de actor, personaje teatral, este del etrusco *phersu*, y este del gr. πρόσωπον. <http://www.rae.es/>

⁹ Utilicemos el concepto “Rito de presentación”. Desde la perspectiva Interaccional de Goffman. En ellos “el actor describe en forma concreta su apreciación del destinatario, “abarca actos por medio de los cuales un individuo presenta testimonios específicos ante los destinatarios, en relación con la forma en que los respeta o la manera en que los tratará en la interacción inmediata” Véase: “Ritual de Interacción”. op. cit pág. 68

¹⁰ ¿Donde esta mi gata?

Podemos entender esta interpelación, al menos como descortés, ya que parece poco propio ir por el mundo importunando con preguntas u observaciones de este estilo¹¹. Todo esto sucede aún cuando, desde el principio de su aventura, Alicia se hace preguntas relativas a las “maneras de la buena educación”; en relación a quienes se pudiera encontrar en el lugar hacia el cual cae desde el agujero (incluso en cuanto a sus zapatos y calcetines). Sin embargo, a pesar de ser una preocupación constante, no deja de ser descortés, inclusive irritante, al dirigirse a los *otros* desde sus propios atavismos culturales. Descortesía, que en principio parecería accidental, pero que sin embargo es constante durante toda su aventura.

Como decíamos, Alicia u otra persona, no sólo evaluará al otro desde sus marcos culturales, sino que se conducirá de acuerdo a ello. O sea que si encuentra que ese otro es digno de su atención y respeto, actuará acorde a ello; de lo contrario, la ignorará o la despreciará. Su correlato conductual, incluso fisiológico podrá ser leído por cualquier *otro* que posea una pequeña capacidad de observación. O sea, que éste desprecio o rechazo podrá ser, al menos, intuido por ese *otro* con respecto de quien, nos presentemos, en cada una de nuestras interacciones sociales.

Este proceso que sería “natural” (y/o no conciente, no deliberado), cuando hablamos de profesionales de las ciencias sociales, debiese ser deliberado o al menos conciente. Ya que de darse la necesidad de visitar *las Maravillas*, no sólo estaría efectuando probablemente esta evaluación; sino que debiese estar preparado para hacerla técnicamente. Esto debido a que, pareciera que en cada contexto cultural existirían unas ciertas maneras apropiadas, unas ciertas formas adecuadas de comportamiento en la interacción¹² que podemos llegar a conocer para no caer, por desconocimiento, en la descortesía o incluso la agresión.

La pequeña del relato, no conoce las formas apropiadas que deben observarse en el espacio cultural en el que se encuentra y viene a ser una de las razones por las cuales, el conejo consigue siempre seguir huyendo. Aún cuando lo intenta, no logra desenvolverse adecuadamente, importunando en cada ocasión con falta de delicadeza, incluso ofendiendo.

Esta *Etiqueta*, demandaría de los sujetos que se encuentran en determinados contextos socio-culturales, y en determinadas situaciones sociales; formas de proceder, de conducirse, en relación los unos a los otros. “Estructurando” las interacciones posibles al trazar, al menos tácitamente, la silueta de formas que deben completar, en su fluir dinámico, los participantes de cada situación social. Por lo general, los jugadores que presentan niveles adecuados de “socialización” (las personas educadas) en aquella determinada situación social, se desplazarán sobre estas “marcas”, como en una danza. Cada cual calculará su posición y los movimientos

¹¹ --¡Ojalá estuviera aquí Dina con nosotros! (...) ¡Ella sí que nos traería al Ratón en un santiamén! --¡Y quién es Dina, si se me permite la pregunta? --quiso saber el Loro. (...) --Dina es nuestra gata. ¡Y no podéis imaginar lo lista que es para cazar ratones! ¡Una maravilla! ¡Y me gustaría que la vierais correr tras los pájaros! ¡Se zampa un pajarito en un abrir y cerrar de ojos! Estas palabras causaron una impresión terrible entre los animales que la rodeaban. Algunos pájaros se apresuraron a levantar el vuelo.(...) Y así, con distintos pretextos, todos se fueron de allí, y en unos segundos Alicia se encontró completamente sola.

¹² Otra vez un concepto, por su utilidad a la perspectiva: “Reglas Ceremoniales” es la que orienta la conducta en asuntos respecto de los cuales se siente que tienen una significación secundaria, o incluso ninguna, y que su importancia principal es la de un medio convencionalizado de comunicación por el cual el individuo expresa su carácter o trasmite su apreciación de los demás participantes en la situación.” Goffman Erving, (1970) “Ritual de la Interacción”; Editorial Tiempo Contemporáneo, pág. 54

posibles y de acuerdo a su preeminencia entre los participantes, así como a su talento como “bailarín”, ejecutará sus pasos con mayor o menor precisión y/o gracia, con mayor o menor rigidez o espontaneidad.

Estas normas de urbanidad, no sólo demandarían de este *otro*, un grado de deferencia para con el profesional (obiedad en cuanto a situación social dada), sino que más importante aún, para lo que nos concierne, un grado de deferencia de nosotros con respecto de ellos. Esto, porque salvo pocas excepciones, actuamos como la extensión simbólica de unas determinadas (o indeterminadas) instituciones, lo cual implica una configuración bastante distinguible, en cuanto a relación de fuerzas. En su mayoría, las personas con las cuales ejerzamos acciones directas, a lo más, representarán organizaciones sociales con un poder relativo siempre menor al que representamos directa o indirectamente.

Esta configuración de fuerzas desiguales facilitaría que, cualquier descortesía generada por ellos, sea interpretada como una falta de respeto o educación; como parte de esa situación problema que debemos diagnosticar (o “corregir”) o eventualmente, como una ofensa que debe ser resarcida. Pero, lo interesante es que sucede en la dirección inversa, ya que si somos quienes faltamos el respeto, podría colegirse fácilmente como una agresión de la institución que (simbólicamente al menos) representamos. Una forma de Violencia Simbólica; que podría parecerse normal, correcta o por que no, incluso deseable. Pero que sin llegar al *sur menage* podremos entender como abuso de poder.

Ahora bien, existen intervenciones en ciencias sociales, en las que las interacciones sociales están normadas (el ejemplo del *setting*, aún cuando el término corresponde a una escuela particular); lo cual las facilitaría, suponiendo unas ciertas pautas de intercambio y de comunicación que son conocidas por sus participantes. Pero estas pautas, por lo general, son impuestas por el profesional, que establece y estructura la interacción, poniendo límites y normando (incluso) el lenguaje en el cual deben darse estas comunicaciones. Así como la mayor parte de los posibles significados puestos en juego. En este caso, no es el cliente o usuario o *paciente* o beneficiario (la persona finalmente) el que estructura la interacción según sus necesidades o particularidades culturales. Así como tampoco son por términos generales co-construcciones en la cuales se negocien los roles o sus condiciones, o el lenguaje o perspectiva con los cuales éstos son construidos.

La reciprocidad no es corrientemente un concepto conocido para los profesionales de las ciencias sociales. Incluso se dirá que es deseable e incluso necesaria (y/o curativa) esta asimetría en la cuanto estructuración de nuestras relaciones. Se espera y exige respeto, pero no todas las veces se otorga. Es entonces que nuestro blanco amigo, se nos va de entre las manos. Eso que es el sustancia misma de lo humano, se diluye, por falta de delicadeza. ¿No es acaso más complejo y delicado el trabajo con personas que el arreo, la tala, el comercio o el cultivo de tulipanes? Desde el punto de vista del respeto por quien que se encuentra en una situación desigual, en cuanto al equilibrio de fuerzas en aspectos materiales como simbólicos (lo que no sería extrapolable a *la dignidad* u otras muchas formas de consideración), se hace necesario no sólo la conciencia de ello; sino que además el tacto y la sutileza suficiente para tratar a la oruga con cortesía, aún cuando sólo mida siete centímetros¹³.

¹³ --Bueno, me gustaría ser un poco más alta, si a usted no le importa. ¡Siete centímetros es una estatura tan insignificante! ¡Es una estatura perfecta! --dijo la Oruga muy enfadada, irguiéndose cuan larga era (medía exactamente siete centímetros).

Ahora bien, no sólo deben cuidarse las formas en la interacción a la cual hacemos alusión, sino que además, deben observarse los contenidos de ésta. A veces debido a nuestras incapacidades, etnocentrismo o, sin darnos cuenta (todo ello indeseable sin embargo), imponemos nuestra determinada manera de ver el mundo y hacer en él; partiendo con la forma en que nos presentamos en el contexto del otro, y como ello comunica nuestra visión sobre ellos. Expertos la mayor parte de las veces, con una concepción predeterminada de *la* verdad (a lo mucho dos), lo cual es presentado además, con determinadas investiduras de poder (de *la* ciencia, *la* técnica, *la* medicina, *la* sociología, *la* etcétera). Valiéndonos de unos determinados argumentos de fuerza, que a su vez están basados en unos discursos de verdad que habrían sido contruidos y aprendidos con el fin de dominar, ordenar o normalizar, o que finalmente terminan produciendo este efecto. Nos presentamos frente a un *otro* que debe soportar nuestro tamaño y el peso de nuestros argumentos (apoyados haciendo palanca en puntos invisibles y estratégicos); así como la constricción (¿o corrección?) de nuestros dispositivos de ortopedia (aún cuando no logren ver su deformidad).

Esto estaría presente tanto en el diseño y ejecución de la política pública del momento o en la formación disciplinaria profesional; que termina ejerciendo su influjo en las interacciones cara a cara. Una cierta forma de dibujar al ser humano, una manera incierta de atribuir y distribuir rasgos, aptitudes y facultades. Unas maneras estándar de medir competencias o pobreza, inteligencias o tendencias. Unos concertados consensos en cuanto a configuraciones y márgenes de error. Todo lo cual es proyectado en invisible sombra, sobre los sujetos en cuestión, sobre las comunidades en observación, sobre las conductas en medición y corrección.

Violencia simbólica al fin y al cabo, a partir del desequilibrio de fuerzas generado por la participación invisible de fuerzas institucionales, que refuerzan la técnica y sus efectos. Que esconden el efecto mismo, y que se retroalimentan de su afirmación. El burdo ejemplo del profesor en la sala de clases. La imposición de los contenidos desde un saber que ordena y configura arbitrariamente la mente, los cuerpos y las conductas de quienes están a su disposición. Las escuelas posicionadas en los barrios como pequeñas naves extraterrestres que aterrizan generando dinámicas *alienígenas* y *alienantes*, completamente diferentes a lo que los niños acostumbran a vivir en sus hogares o sus comunidades, o peor aún, a lo que necesitarían. Bien desde el punto de vista de los contenidos culturales que se imponen, como desde las propias formas (modales) que los adultos despliegan y que luego son exigibles a los niños¹⁴.

En esta misma línea podríamos preguntar ¿Cuántos profesionales de las ciencias sociales (que son personas) al interactuar con otras personas, con un *otro* en contextos culturales diversos, no se han comportado como Alicia? En ocasiones, es parte del trabajo mismo exigirle al *otro* que nos muestre su desnudez: llegar su hogar, sentarse en su mesa y exigirle que nos compruebe la cantidad de dinero que percibe, contar sus camas o medir con la mirada la higiene de su morada, o de su crianza. Haciendo preguntas sobre su vida privada (afectiva, sexual, costumbres, alimentación, etc), y tomando notas; cosa que probablemente no consentiríamos

¹⁴ Sólo asistí a las clases normales. --¿Y cuales eran esos? --preguntó Alicia interesada. --Nos enseñaban a beber y a escupir, naturalmente. Y luego, las diversas materias de la aritmética: a saber, fumar, reptar, feificar y sobre todo la dimisión.

que un extraño realizara, *en* nuestra intimidad. En aquellas ocasiones crecemos hasta alcanzar proporciones monstruosas, en hogares ajenos¹⁵.

Consejo de una Oruga (¿Quién eres tú?)

Pero volvamos nuevamente al viaje. Luego de desencuentros y equivocaciones, Alicia se encuentra decidida a recuperar su tamaño y llegar al jardín que desde un principio llamó su atención¹⁶. Pero aún cuando sabe lo que desea, se siente extraviada, no sabe cómo lograr aquello que se propone y no tiene idea de que es esto que le sucede¹⁷.

Es entonces que Alicia se encuentra con el misterio. Su confusión está ante éste. Alicia frente a la Esfinge, buscándose. El misterio fuma su narguile sobre una seta. Alicia ante el misterio como si estuviese, ante las puertas de la ley. Figura de sabio que, al ser consultado, replica con un acertijo, con una pregunta (en una historia zen, sería un bastonazo). En tanto quien osa preguntar, en cuanto al ser de quien pregunta, sobre desde donde se pregunta... Literalmente ¿Quién eres tú¹⁸?

¿Que consejo la oruga gentilmente proporciona a la pequeña e impertinente Alicia? *Gnosti te autvm*¹⁹ Formulado como pregunta, desde una prístina conciencia de donde está, cuanto mide y quién es. Pregunta clave. En nuestro caso, para quién se interna en los vericuetos de la aproximación etnográfica (o etnológica), a los escenarios culturales. Quién soy y cómo²⁰, frente a un otro que demanda saberlo (y justo es que lo sepa), para develarse, como un yo.

Aún cuando la tendencia occidental será siempre será subyugar este *otro* que está en frente. Sea evangelizar, sanar, educar o etc, mediante un determinado rito, palabra, institución, etc; existe siempre la posibilidad de cruzar hacia la otra vereda e involucrarse en aquel contexto cultural, terminando por relativizar los propios marcos culturales. Lo cual pareciera ser el meollo mismo de la reflexión cultural. El observador Alicia, que asiste a presenciar como su forma peculiar de ser persona se tambalea.

¹⁵ ¡Por desgracia, era demasiado tarde para pensar en ello! Siguió creciendo, y creciendo, y muy pronto tuvo que ponerse de rodillas en el suelo. Un minuto más tarde no le quedaba espacio ni para seguir arrodillada, y tuvo que intentar acomodarse echada en el suelo, con un codo contra la puerta y el otro brazo alrededor del cuello. Pero no paraba de crecer, y, como último recurso, sacó un brazo por la ventana y metió un pie por la chimenea, mientras se decía: --Ahora no puedo hacer nada más, pase lo que pase. ¿Qué va a ser de mí?

¹⁶ --Lo primero que ahora tengo que hacer --se dijo Alicia, mientras vagaba por el bosque --es crecer hasta volver a recuperar mi estatura. Y lo segundo es encontrar la manera de entrar en aquel precioso jardín. Me parece que éste es el mejor plan de acción.

¹⁷ Parecía, desde luego, un plan excelente, y expuesto de un modo muy claro y muy simple. La única dificultad radicaba en que no tenía la menor idea de cómo llevarlo a cabo.

¹⁸ ¿Who are YOU?

¹⁹ Nosce te ipsum. Conócete a ti mismo.

²⁰ --Apenas sé, señora, lo que soy en este momento... Sí sé quién era al levantarme esta mañana, pero creo que he cambiado varias veces desde entonces. --¿Qué quieres decir con eso? --preguntó la Oruga con severidad--. ¡A ver si te aclaras contigo misma! --Temo que no puedo aclarar nada conmigo misma, señora --dijo Alicia--, porque yo no soy yo misma, ya lo ve.

¿Dónde está el límite de aquello? ¿Podría eventualmente llegar a ser ese *otro*, en las causas y motivos que los movilizan, en los sentidos que viven? Olvidar el rol que se juega, o el trabajo que se hace, no sólo podría confundirnos, sino que confundir a las personas para las cuales trabajamos²¹. Pudiésemos llegar a pensar que somos ese *otro*, olvidando nuestra posición en respecto de él, e incluso en relación a nosotros mismos. Pudiésemos decepcionarlos profundamente cuando, repentinamente, recordemos o decidamos quienes somos (ellos y nosotros) y cual es la naturaleza de nuestra relación.

Nacemos todos iguales, al menos retóricamente, desde la Declaración Universal de los Derechos Humanos; pero no somos un *otro*, somos (inevitablemente) nosotros mismos, con una historia y características particulares, *personales*. Implicados mutuamente en una relación que se enmarca, por lo general, en un contexto institucional, en unas relaciones de poder, y muchas otras determinantes indeterminadas tanto de unos, como de otros. Las cuales, generarían las diferencias que significan esa relación particular en la que estamos, como de ayuda, estudio u otra (generalmente, otra). Muy por el contrario, Alicia no logra identificar en ese *otro*, un igual. La reflexión cultural constante en torno a los objetivos de nuestro trabajo, el rol que jugamos, como construimos la relación y la situación de poder en la cual estamos, sin dejar de considerar las implicancias éticas que se derivan del hecho que “yo es *otro*”; pudiese prevenirnos de cometer errores irreparables o actos reñidos con lo que debiese caracterizar la acción de un profesional.

Sabernos, aparentemente, nos permitiría alejarnos de la frágil seguridad, la ilusión de poder, que nos confieren los grados académicos y las investiduras institucionales, para adentrarnos en interacciones menos teñidas con la tensión que la desigualdad genera entre las personas. El miedo y la inseguridad, solo pueden retenernos atados con sus hilos invisibles a las seguridades que proporcionan, mientras lo permitamos, mientras signifiquen seguridades.

La conciencia del poder que se está jugando en cada situación social en la que se está con un *otro*, no sólo debiese *hacer surgir* la capacidad de reconocerlo de forma “natural”, sino que debiese demandar su *modulación* a través de formas apropiadas de comportamiento. Formas, maneras o modales (saludos, cortesías, atenciones, etc), a través de los cuales comunicar esta nueva relación de poder y nuestra “adecuada” adecuación. Ya que el *tamaño* (o poder) que el profesional adquiere, mantiene o retiene, dependiendo del escenario y la circunstancia, tendrá fluctuaciones que se actualizarán en cada encuentro social (con o sin marco institucional). Para luego reorganizar la “danza” de la interacción, que nuevamente lo reposicionará, de acuerdo a sus “talentos”.

De manera que a través del desempeño válido y basado en la observación de la etiqueta, podría desarrollarse un proceso de validación social exitoso. Esta validación (poder y/o influencia) basada en el respeto mutuo, así como en un proceso paulatino, generaría oportunidades de intervención o estudio más “sustentables” y significativas desde el punto de vista cultural. Facilitaría el trabajo propuesto. Especialmente cuando intentamos ejercer la menor violencia simbólica posible, sobre aquellos otros que son los sujetos de nuestra acción. En resumen,

²¹ En rigor ¿Se trabaja para o por las personas, para o por la política pública (¿extensión simbólica de otras personas?)?

puede ser de gran valor entrenar nuestra capacidad de *ajustar el tamaño* a cada situación social dada²²

Lo relevante es que no sólo debiésemos cuidar nuestros ademanes y gestos, sino que consecuentemente la forma en que construimos, a partir del lenguaje, nuestras relaciones. No debiese dejar de ser observada la utilización de recursos lingüísticos, intentando descubrir cómo en muchas ocasiones desplegamos conceptos asociados a concepciones y esquemas que, por lo general, se nos han impuesto (en ciencias sociales u otras o, con formas de proselitismos políticos, o en otras formas menos groseras). Ya que nuestras palabras *preñadas* de significado, influenciarán sin duda sobre quienes son tejidas, desplegadas. Lo cual, considerando nuestra situación de poder, pudiesen ser comprendidas como otra posibilidad de abuso.

El neófito bien puede en diversas situaciones comportarse de manera descortés, al por ejemplo tomar algo serio como broma, o una broma por algo serio. Es por ello recomendable *ajustar el tamaño*, de acuerdo al conocimiento de la circunstancia en la cual nos encontramos. Dado el caso de un contexto cultural desconocido, en cuanto a lo que la situación específica demandaría de sus participantes (la etiqueta en cuanto a “código comportamental”); pareciera más adecuado *empequeñecer* un poco y adoptar un rol de aprendiz (por ejemplo, un infante, será novato en aquellas situaciones sociales en las que se vea involucrado fuera de su hogar y por lo tanto, la equivocación es parte aceptada de su rol social). Lo cual, además de honrar al interlocutor, que por necesidad (e idealmente), adoptará un rol de anfitrión o mediador en la situación; permitirá acceder al conocimiento de formas y maneras apropiadas para aprender, en aquel juego determinado (y de una manera segura).

Nuevamente el brebaje etnográfico. Pertinencia cultural en las formas necesarias, para participar en interacciones sociales diversas, con respeto y conservando nuestra propia identidad, sin olvidar, para qué estamos implicados en aquella relación. Nuevamente, la adecuación de nuestra humanidad a la circunstancia.

En la Loca Fiesta de Té (¡No hay sitio!)

Cada situación social, en diversos contextos culturales, demandará un repertorio de modales específicos, que muchas veces nos podrán parecer pasmosos. Cuando nos encontramos frente a ciertas “formas” de establecer relaciones interpersonales (por ejemplo), distintas a las nuestras o de nuestros grupos de referencia (reales o teóricos), pudiésemos por momentos, vernos en una situación desconcertante. Esto no sólo en relación a esos *otros*, sino que en cuanto a nosotros estando ahí, en aquellas situaciones sociales; por lo tanto, implicados.

Nuestra sola presencia, en el caso de encontrarnos estudiando un fenómeno social X, al entrevistar, aplicar un cuestionario, o sólo observar; será una intervención y afectará, modificará. Cómo nos presentamos (en cuanto a saludo, uso o no de sombrero o guantes, mirando a los ojos o no, etc), la manera en que nos expresamos (formal o informal, por ejemplo), los gestos que realizamos (bruscos o delicados), la forma y el lenguaje en el que las

²² Después bajó de la seta y empezó a deslizarse por la hierba, al tiempo que decía: --Un lado te hará crecer, y el otro lado te hará disminuir. --Un lado ¿de qué? El otro lado ¿de qué? --se dijo Alicia para sus adentros. --De la seta --dijo la Oruga, como si la niña se lo hubiera preguntado en voz alta. Y al cabo de unos instantes se perdió de vista.

frases han sido formuladas, el orden en que se organizan y la forma en que nos paramos, sentamos, respiramos y sonreímos (o no), la enumeración es, virtualmente, muy abultada. En todo ello, estaremos comunicando nuestra apreciación respecto de ellos. Nuestro respeto o desprecio, nuestra consideración y empatía, o nuestra desconsideración y antipatía.

En última instancia, al ser personas que trabajamos con personas, somos el principal instrumento de recolección de datos, el principal recurso de intervención; así como por otro lado, la principal fuente de complicaciones; el principal obstaculizador de aquello que “naturalmente se da” (que intentamos estudiar), o que “deseamos intencionar” (¿el cambio?). Sea debido a nuestras acciones, o por nuestras concepciones; manifestación de una misma articulación indisociable, a nivel social.

Aún cuando el té puede beberse de muchas formas, en la Inglaterra victoriana, escenario nativo de Alicia; existía una forma particular de llevarse a cabo, que diferirá mucho de cómo lo hace el *Sombrero*, *Liebre de Marzo* y el *Lirón* en *Las Maravillas*. Así, como diferirá mucho de la ceremonia del té, en Japón de la misma época; o con la forma en que bebemos la infusión en Chile de nuestra época (nótese que es (en este momento) el 2008 d.c.). Aún así, dentro de su propio contexto, no tiene nada de excéntrico el japonés o el inglés al tomar su té, aún cuando a nosotros nos lo parezca. La forma en la que se organiza la *fiesta de té* de las interacciones, de personas o comunidades, será particular a ese contexto, en el que estará investido de muchos sentidos, desde y hacia los cuales, los significados de las diversas acciones pareciesen moverse (cambiar, crecer, alejarse, modificarse, perderse, etc) constantemente.

Sentidos que varían, fluctúan constantemente (¿derivan?) y que nuestra reflexión intenta perseguir. He ahí nuestro conejo blanco, tímido y huidizo. No es un cierto número de retazos bien delimitados de realidad, como una descripción estadística del comportamiento de una variable tal; o una colección incoherente de acciones desconectadas una de otra y embutidas en marcos explicativos preconcebidos. Sino que son interminables nodos desde los cuales se tejen las múltiples relaciones humanas, formas indeterminadas y fluctuantes de convivencia, que infunden sentidos a las ceremonias y ritos cotidianos que ejecutamos. Formas variables de ser individuo, dentro de cada grupo de referencia, otorgando sentidos a las cosas, a la vida. Una vez que el viajero deja la seguridad de su hogar (aún cuando sea por sólo un instante), comienzan a develarse las falsas tortugas, a desentrañarse las supuestas incógnitas, es cuando los grifos hablan; sólo para encontrar otros nuevos y más diversos, un poco más allá, por sobre el cercado ajeno. Es entonces cuando, como individuos, podemos fluir hacia el encuentro de nuevas interacciones, disminuyendo el roce y la complicación de intentar una travesía que cuente con la certeza de un camino de vuelta.

Todos a nuestra manera usamos relojes que marcan el año, el mes, o los segundos; calendarios de Doce meses o de Trece lunas. Todos bebemos un *tipo de té*, con un *tipo de sombrero*. Todos hemos estudiado *patín e histeria* (antigua y moderna) y nos esmeramos por *feificar* cada vez que podemos. Lo que sucede es que ello nos parece tan peculiar, cuando vemos a otros hacerlo. Y más aún, como Alicia, nos parece extraño cuando a alguien le parece extraño que lleguemos sin invitación, a su fiesta de té²³. Porque la mayor parte de las veces es exactamente ese nuestro trabajo: llegar a fiestas de té donde no nos han invitado, incomodando con nuestra pedante presencia o importunando con preguntas inverosímiles y nuestra torcida lógica, deformada por

²³ --¡No hay sitio! --se pusieron a gritar, cuando vieron que se acercaba Alicia. --¡Hay un montón de sitio! --protestó Alicia indignada, y se sentó en un gran sillón a un extremo de la mesa.

la academia, la ciencia social, el sentido común (*menos común de los sentidos*) o la (*muy sospechosa*) opinión pública²⁴.

Pareciese esencial que cada viajero, de cuenta del itinerario realizado al, por un instante, dar vuelta la espalda al futuro y reconocer el camino andado. Pareciese que en nuestra época nada quedase por descubrir, aún cuando hemos dejado de vernos, aún cuando no nos visitamos hace ya tanto tiempo.

¡No sois todos más que una baraja de cartas! (anotaciones en el margen)

Alicia de viaje. Enfrentándose a una “cultura” diferente a la suya, a un *Otro* que se construye a sí mismo de una manera distinta a como ella y/o los suyos lo hacen. ¿Como reacciona ella frente a esta forma de vida, a este otro? Reacciona con extrañeza y muy probablemente a la defensiva. Intentando calzar todo y a todos en su pequeño molde cultural²⁵.

Cabe observar que como chilenos puede no parecernos descortés la forma en que la pequeña se conduce, debido al estilo autoritario de relaciones al cual parecemos habernos acostumbrado. Marcando constantemente las diferencias sociales entre los que forman parte de las interacciones; los contrastes de las posiciones y el poder de cada uno de sus participantes. La mayor parte de las veces, en nuestras pequeñas parcelas de poder, nos conducimos como pequeños tiranos. Podemos ver muchos ejemplos, ya sea en el terreno de la salud (relación médico/otros), los servicios públicos, el transporte, la educación: relación patrón y peón. Clisé en cuanto a pauta relacional, impreso en la vida cotidiana, dentro y fuera de la intimidad de nuestros hogares.

La historia de la inadecuación de Alicia sin embargo es comprensible. En su tierna infancia la habilidad del cinismo, indispensable para enfrentar algunas situaciones sociales, no estaría aún desarrollada (sería sin embargo indispensable para el profesional en cuestión). Aún así pareciera existir una inhabilidad “crónica” (¿biológica o cultural?) para comunicarse satisfactoriamente con estos “nativos”. Despliega incansablemente a través de su conducta, un sinfín de interpretaciones y evaluaciones de la situación y de los otros, a partir de lo cual actúa. Y cada vez que actúa de acuerdo a su propia etiqueta, salvo pocas excepciones, se encuentra ofendiendo o importunando a otro. Además de estar constantemente cambiando de forma durante sus interacciones (en cuanto a tamaño y otras) con lo cual no sólo incomoda a sus posibles y eventuales interlocutores, sino que los irrita o atemoriza. Se diría que en casi toda su aventura, esta pequeña Inglaterra sólo logra dialogar consigo misma.²⁶

²⁴ --Toma un poco de vino --la animó la Liebre de Marzo. Alicia miró por toda la mesa, pero allí sólo había té. --No veo ni rastro de vino --observó. --Claro. No lo hay --dijo la Liebre de Marzo. -- En tal caso, no es muy correcto por su parte andar ofreciéndolo --dijo Alicia enfadada. --Tampoco es muy correcto por tu parte sentarte con nosotros sin haber sido invitada --dijo la Liebre de Marzo.

²⁵ --Necesitas un buen corte de pelo --dijo el Sombrero. Había estado observando a Alicia con mucha curiosidad, y estas eran sus primeras palabras. --Debería aprender usted a no hacer observaciones tan personales --dijo Alicia con acritud--. Es de muy mala educación.

²⁶ Y así siguió discursando un buen rato, unas veces en un sentido y otras llevándose a sí misma la contraria, manteniendo en definitiva una conversación muy seria, como si se tratara de dos personas. Hasta que oyó una voz fuera de la casa, y dejó de discutir consigo misma para escuchar.

La pregunta de si la habilidad de actuar acorde a lo que la situación social y cultural demanda, es entrenada en nuestro paso por la educación superior o es habilidad social de base que debe ser transformada en competencia profesional, de acuerdo a las capacidades y responsabilidad de cada quien; no parece haber sido formulada para profesionales de nuestra área u otras. Aún cuando indispensable, en el momento en que Alicia se adentra en *las Maravillas*. Cuando el profesional se inserta en contextos culturales que le son extraños o cuando es Alicia quien llega de visita a sus extrañísimos dominios.

Pareciera necesario desarrollar un concepto de reciprocidad. Bien sea para contemplar a este *otro*, como un igual; o mejor aún, para brindarle un trato a su altura. Al menos unas premisas para la acción, que contemplen específicamente esta perspectiva. O seriamente, un entrenamiento en el trato deferente de los *otros* (otros de diversos *pelajes*). En el cual, el respeto (mutuo) sea la regla de oro. ¿Entregamos cotidianamente la deferencia que se amerita? ¿Evitamos tratar de la forma en que nos molestaría ser tratados? ¿Será necesario entrenar la capacidad de entregar, aquello que pareciera ser los profesionales esperan venga con su título, respeto?

No obstante esta necesidad existe, aparentemente, prima una dificultad coexistente a cada identidad cultural, la de constituirse en oposición a otra; creando sentidos no sólo en cuanto se es, sino que también en torno a aquello que no se es. Sobre todo para una *disciplina*, cuando está “formando” a alguien, para que deje de ser *otro* y se transforme en un *Profesional*.

Pareciera indispensable este “mecanismo de protección” a través del cual, esos *otros* se transforman en figurillas bidimensionales, con unos ciertos (o inciertos) valores nominativos asociados. Cartas de una baraja que podemos desechar. En el momento en que nos haga sentir amenazados; en certezas y convicciones, o por cualquier otro motivo diverso. A esto existe adosada toda una tradición auto-validada y validante, en la cual el tratamiento numérico o conceptual del *otro*, alivia de la necesidad de “estar ahí”, del contacto cara a cara y de todas las obvias complicaciones que devienen de penetrar en terrenos en los cuales no se pertenece y la figura de experto puede resquebrajarse. Y que aún así, los refieren y constituyen (enfermos, pobres, pequeños, extranjeros, etc); a través de diversos discursos disciplinarios.

Ponemos este acento debido a que en cuanto lo humano, podemos al menos hipotetizar, no existiría un todo que sea desentrañable, asible. Un núcleo penetrable y consistente, que sea comprensible desde una sencilla o compleja formula. No hay caminos seguros, ni teorías que logren explicar eso que nos hace ser personas, que garanticen la aprehensión de una cierta verdad de la manifestación de nuestra humanidad. No todo tiene una causalidad directa, un porqué; circunstancias inverosímiles, meras casualidades, o repentinas irrupciones de nuevos hechos, nos acompañan en y a cada instante y desde siempre. Sin embargo, por todas partes hay resabios de teorías que han intentado explicar lo humano en forma incontestable, intentando dominar los demás saberes. No debemos olvidar que la curiosidad blanca, trae consigo una urgencia que la atenaza. Esta curiosidad trae a la ambición en su bolsillo. Ambición que deviene en conocimiento, conocimiento que deviene en poder, poder que deviene en ciertas formas de relacionarse, en unas in-ciertas formas de dominación que generan formas conceptuales - discursivas ¿o era todo a la inversa?

Alicia podría ser tomada entonces como el personaje arquetípico del desencuentro social, de la ingenuidad cultural y del etnocentrismo crónico. Pero no es un personaje cualquiera, ya que no debemos olvidar que proviene de una situación socio-cultural particular, en la estructura del

conjunto de naciones, históricamente situada. En breve, es personaje poderoso y por extensión, incluso, peligroso²⁷.

Alicias Boas, Alicia Levi-Strauss, Alicia Malinowsky; con su aire europeo, su observación constante, sus cuadernos de campo, curiosidad insaciable, dibujos y preguntas. Inadecuación de extranjero, que se queda sin haber sido invitado, por un incierto periodo de tiempo. Alicia asistente social, antropóloga, socióloga, psicóloga, profesora, etc; en fin, Alicia con otros. Al que somete a su lupa, al que transforma en objeto, de estudio e intervención. Taxonomías, ciertas “metrías” de unos inciertos *otros*, que por largos periodos de tiempo no serán más que siluetas, que poco a poco se dibujarán en nuestra construcción lingüístico-conceptual. Aparentemente, de nada servirían las culturas milenarias, la sabiduría acumulada por generaciones, o la belleza generada por ricas tradiciones. Ya que sólo la fuerza (como propiedad o efecto), pareciera permitir que los individuos (o las culturas) sean respetados como iguales, y no otra cualidad humana²⁸. Es esto lo que despierta admiración y deseo de irradiación, de cercanía. Esta tendencia, pareciese producir desprecio como efecto, o condescendencia (menosprecio), con respecto del débil o más pequeño²⁹. Efecto que no debe olvidarse ya que en estas relaciones, somos *los poderosos*, como parte de las instituciones en las que trabajamos. Vital es revisar entonces, como este efecto configuraría la forma en la que hemos construido históricamente nuestras certezas en cuanto a la interacción, así como a las intervenciones, terapias y todo el repertorio de acciones relativas al trabajo con otros.

A veces la áurea llave que tenemos (no necesariamente la única, o la mejor), pudiese ser efectivamente la adecuada para abrir aquella determinada puerta. Pero eso no implica que podamos atravesarla, o que sea la forma más deseable de llegar al lugar que nos proponemos. Tras aquel guardia aguarda uno quizá más terrible.

Podemos decir que, no obstante las equivocaciones y descortesías, se puede ser profesional de las ciencias sociales y aún así respetar a ese otro. Necesitamos sin embargo, un sólido concepto de reciprocidad, que logre aproximarnos a la alteridad, sin intentar sujetarlo entre los lazos atenzantes de la generalización o las conceptualizaciones que se terminan apropiando de todo bajo una apariencia de verdad. Una reciprocidad que nos acerque y nos distinga en nuestra diferencia. Que nos abra hacia la multiplicidad y espontaneidad, así como a la búsqueda de mejores niveles técnicos, en cuanto a mejores maneras (o modales) y métodos para entrar en aquellos espacios culturales que no nos pertenecen, o para invitar a las personas a los nuestros.

No debemos dejar de perseguir nuestro conejo blanco de ojos rojos, ni perder el interés por conocer nuevas maravillas en nuestro sendero profesional. Sólo debemos cuidar de que el reloj no tenga un hambre desmedida, ya que, si les unta mantequilla, dejan de funcionar. Cuidemos

²⁷ --¡A otro con este cuento! --respondió la Paloma, en tono del más profundo desprecio--. He visto montones de niñitas a lo largo de mi vida, ¡pero ninguna que tuviera un cuello como el tuyo! ¡No, no! Eres una serpiente, y de nada sirve negarlo. ¡Supongo que ahora me dirás que en tu vida te has zampado un huevo! --Bueno, huevos si he comido --reconoció Alicia, que siempre decía la verdad--. Pero es que las niñas también comen huevos, igual que las serpientes, sabe. --No lo creo --dijo la Paloma--, pero, si es verdad que comen huevos, entonces no son más que una variedad de serpientes, y eso es todo.

²⁸ El Gato, cuando vio a Alicia, se limitó a sonreír. Parecía tener buen carácter, pero también tenía unas uñas muy largas y muchísimos dientes, de modo que sería mejor tratarlo con respeto.

²⁹ Una cierto esquema tutelar, por ejemplo.

de no violentar a quienes pretendemos ayudar, no dejemos de escuchar, ni de darle la bienvenida a quien nos visita; nunca se sabe de donde viene.